

La pendiente resbaladiza del Estado chileno

El insólito caso del sicario liberado es una expresión más de la inoperancia del Estado para cumplir con estándares mínimos. Nuestro Estado fallido impresiona a menudo con vergüenzas que se acumulan en un prontuario infame: si hace unas semanas fueron los viajes bajo licencia médica de miles de empleados públicos, ahora es la excarcelación de un peligroso reo la que desafía la capacidad de sorpresa de los chilenos.

Algo se ha podrido en nuestro Estado. La pestilencia es percibida por quienes deben esperar meses para renovar documentos esenciales; por miles de pacientes que esperan ser atendidos por enfermedades cuyo tratamiento está teóricamente garantizado; por las víctimas de asaltos a las cuales los propios carabineros les aconsejan no presentar denuncias (le ocurrió a un conocido hace

unos días); en fin, por los contribuyentes que observan con impotencia que las mismas autoridades tributarias que no han podido explicar cómo y por qué suben el pago de contribuciones se aplican a sí mismas la ley del embudo.

Pese a que estas y otras falencias son el elefante en medio de la habitación nacional, no hay propuestas serias para una reforma que sacuda el arteriosclerótico aparato estatal. Los candidatos presidenciales lanzan ideas contra la delincuencia, las listas de espera o el alza de contribuciones. Aunque bienvenidas, esas soluciones solo constituyen aspirinas que no derrotarán el cáncer generalizado

que carcome a un cuerpo exhausto. La metástasis es evidente y logra expandirse a órganos nuevos. El descubrimiento de operaciones narco en las Fuerzas Armadas confirma que el mal avanza. La gente entiende que las autoridades llegan tarde; mientras el Presidente de la República dice que no debe permitirse "por ningún motivo que el crimen organizado logre romper la estructura y la tradición de ninguna de las instituciones de nuestra patria", la última encuesta Cadem muestra que el 91% de los chilenos considera que el crimen organizado y el narcotráfico ya penetraron el Estado.

El descrédito es alimentado por

una larga lista de promesas incumplidas, negligencias, corrupciones y vejámenes. Genera un malestar que debe ser enfrentado si no se quieren lamentar estallidos de furia y aprovechamientos políticos inescrupulosos. La falta de respuesta efectiva da pie a cuestionamientos a la legitimidad del sistema y estos, a su vez, erosionan la autoridad. El círculo vicioso provoca una carrera hacia el fondo que empeora progresiva-

mente las cosas. En la base de la crisis se halla un individualismo exacerbado que causa que sean pocos los que piensan en el beneficio del conjunto y muchos los que actúan buscando la ventaja a cualquier costo.

El país requiere un golpe de timón. Es cierto que Chile,

como afirmó el Presidente en su Cuenta Pública, "no se cae a pedazos", pero también lo es que se derrumba de a poco. Por separado, cada escándalo parece sosla-

yable, en conjunto, en cambio, lucen como lo que son: la decadencia. Llevamos demasiado tiempo con desempeños mediocres supervisados por autoridades ombliguistas, poco creativas, buenas para culpar al empedrado y faltas de coraje y destreza para hacer lo necesario. El electorado lo advierte. Desde 2010 ha elegido cuatro veces consecutivas al candidato presidencial opositor y al parecer volverá a hacerlo a fin de año. En Chile, decía Joaquín Edwards Bello, el público siempre pide "baraja nueva" y se acostumbró a ver cómo la Copia Feliz del Edén deviene en "perfecto purgatorio".

La alternancia no ha impedido que el país continúe desliziándose por una pendiente resbaladiza. ¿Habrá alguien capaz de hacer la pega y renovar el Estado para que vuelva a servir a todos, recuperar la legitimidad y ejercer la autoridad extraviada? Estas podrían ser preguntas clave de cara a las próximas elecciones presidenciales. ■



"EL PAÍS REQUIERE UN GOLPE DE TIMÓN. ES CIERTO QUE CHILE, COMO AFIRMÓ EL PRESIDENTE EN SU CUENTA PÚBLICA, 'NO SE CAE A PEDAZOS', PERO TAMBIÉN LO ES QUE SE DERRUMBA DE A POCO".

JUAN IGNACIO BRITO